

un salvo-conducto del Emperador, bastante eficaz á preservarle de las iras del Papa. El delegado se extrañó mucho de esta pretension; primero, por la ignorancia que mostraba Lutero de la benignidad de Leon X, y despues por el atrevimiento con que creia que, si el salvo-conducto no se respetaba, lo harian respetar los poderes alemanes hasta por la fuerza de las armas. Así es que, encarándose mas aun con el monje, y poniendo de hito en hito los ojos en su rostro, preguntóle si creia capaz al elector Federico de recurrir á las armas para protegerle. Y como Lutero respondiera que no le creia de eso capaz, y le contestara su interlocutor que á dónde podria recurrir en tal trance, respondióle con santa entereza: á los cielos. Por fin, el 11 de octubre llegó el salvo-conducto, y ya pudo apercibirse Lutero á visitar al legado pontificio. En aquella mañana se levantó muy temprano; hizo sus oraciones de rúbrica; leyó algunos versos de los salmos; y confortado con esta lectura de los libros santos y con los auxilios procurados por las reflexiones de la propia conciencia, presentóse, entre humilde y erguido, en casa del legado, á cuyos piés se arrojó, dándole algunas excusas por sus ideas y por sus palabras. La dificultad de la situacion, lo dramático de toda ella, encontrábase en esta singularidad, en que Lutero exigia la clara designacion del error proferido y del delito perpetrado; mientras Cayetano exigia la ciega sumision de Lutero á la voz y á la autoridad del Pontificado. Pedía el uno con verdadera insistencia el señalamiento y definicion de su herejía; mientras el otro con verdadera tenacidad contestaba imponiendo de imperiosa manera una retractacion. Tantas fueron las instancias del reformador y tan grande su insistencia, no obstante haberle dicho el legado la limitacion de sus instrucciones y la estrechez de su ministerio en aquel negocio, que tuvo necesidad el mas débil de ceder al mas fuerte y señalar los errores cometidos, en estas dos proposiciones; primera, que los méritos de Jesucristo no son los tesoros de las indulgencias; y segunda, que la fe basta para la justificacion de los cristianos. Tal debilidad del legado dió á Lutero la ocasion que buscaba para empeñar una reñida controversia. Y como si en vez de estar frente á frente de un superior que le exigia la sumision absoluta, estuviese en cátedra ó en claustro, entre discípulos y cofrades, comenzó á discutir sus ideas, sus tésis, con tal abundancia de palabras, con tal copia de racionios, con tal seguridad de

memoria que arrastró en pos de sí al Nuncio y le obligó, no solo por la superioridad de su entendimiento tan luminoso, sino tambien por la superioridad de su energía tan verdaderamente incontrastable, á una polémica, en la cual entraba, mal de su grado, y con olvido notorio de sus instrucciones y de su mandato. Así, al poco tiempo de perdidos en aquel intrincado laberinto de citas, observaciones, sentencias, aforismos, argumentos, el legado recordó que no era un objetante sino un soberano; y pidió con exigencia imperiosísima una retractacion. Lutero perdió la luz de los ojos, cayó en vértigos y desvanecimientos, al asomarse al borde del abismo en que le precipitaria la sumision tan opuesta á la verdadera índole de su inteligencia y al verdadero alcance que él daba en su interior á sus proposiciones y á sus tésis; anuncios, y nada mas que anuncios, del ministerio al cual se sentia llamado en el mundo y del destino al cual se sentia llamado en la historia. La conversacion, unas veces interrumpida con violencia y otras veces reanudada con creciente interés, llena de citas, rica en argumentos, dialéctica por parte de Lutero que pertenecia de suyo á la estirpe de los grandes argumentadores, amplificada de parte de Cayetano que pertenecia á la estirpe de los grandes ciceronianos, concluyó por fin, imponiendo el legado una retractacion y demandando Lutero tres dias para decidirse. Pero al ver su fija mirada, su paso seguro, su frente serena, la tranquila respiracion de su pecho, dijera cualquier observador que estaba decidido, sí, decidido á no prestarla.

No dejó pasar Lutero los dias del plazo pedido. Pesábale con tan abrumadora pesadumbre la idea de una retractacion, que para concluir con los motivos de íntimo rubor y de ajenas sospechas, presentóse al dia siguiente, con grande séquito, al legado, y le notificó su postrera declaracion. Una sola noche de insomnios, en que aparecia rebajado á sus propios ojos, maldito de su conciencia, abandonado de sus discípulos, desavenido de su patria, si llegaba por acaso á una retractacion, bastóle para levantarse frenético, cual si le hubiera mordido una víbora, y dirigirse á casa del legado á deponer á sus plantas, por medio de una protesta explícita, hasta la posibilidad de las retractaciones. Cuatro senadores de Augsburgo le acompañaban; testigos numerosos le seguian; y á su lado iba un notario con la protesta escrita y certificada, á fin de que cual no existian vacilaciones en la voluntad de Lutero,

no existieran dudas ni por un minuto en la conciencia del pueblo. Sin embargo, la declaracion tenia esas medias tintas, opuestas á la brutal franqueza de su carácter, esas medias tintas con que el reformador acostumbraba muchas veces á cubrir y arrebolarse sus resoluciones supremas. Declaraba, pues, que en su intencion no entró jamás el decir cosa alguna contraria de cualquier suerte á las divinas Escrituras, á los católicos dogmas, á la pontificia autoridad, á los romanos cánones. Pero hombre, y como hombre sujeto á la debilidad del pecado y del error, ofrecia someterse al juicio del Santo Padre, de las universidades de Basilea, Friburgo y Lovaina, y sobre todo, á la madre inmortal de las ciencias teológicas, á la Sorbona de Paris. Cayetano, que aguardaba del monje la debida retractacion y la renuncia insistente á sus tesis y á la predicacion de sus tesis, indignóse, desmintiendo su dulce natural, de aquellos subterfugios, y reclamó el cumplimiento de lo prometido y la obediencia firme á la sede apostólica. Lutero, anheloso, en su continua inquietud, de nuevas controversias, respondióle con cierto sarcasmo que, si en el dia anterior, contendieran con escolásticas argumentaciones, en aquel dia estaban llamados á ponerse de acuerdo y á identificarse en el único texto capaz de unir las inteligencias católicas, en el texto de las divinas Escrituras. El legado, persistiendo en la extrañeza causada por las palabras del monje y en la necesidad de una retractacion, arguyóle con que no era aquella, no, la hora oportuna de las controversias, sino la hora oportuna de las sumisiones. El monje cayó en profundo silencio á la palabra del legado, y en algunos minutos la concentracion de los entendimientos en sí mismos tuvo tal intensidad, que se oia casi la respiracion, por la emocion sobrecitada, de la gente reunida en aquellos célebres salones. En esto salió de un grupo el general de los agustinos, el protector de Lutero, el constante Staupitz, y pidió al legado la suspension de todo acuerdo, hasta el instante en que el acusado se hubiera de palabra ó por escrito á sí mismo defendido. Meneó Cayetano en señal de negacion la cabeza; y Staupitz llegó hasta la súplica, mientras Lutero, que lo veia todo con calma, se encerraba en la mayor reserva y fingia profunda tranquilidad. Al fin, las súplicas de Staupitz vencieron la débil naturaleza de Cayetano, que concedió permiso á Lutero para escribir su defensa.

Una noche entera pasó Lutero en esta obra. El ánimo se queda suspenso

al ver escrito tan largo en horas tan breves y arrancadas á las necesidades del reposo y á las exigencias del sueño. Vasta biblioteca su memoria, reúne todos los textos, sin necesidad de consulta, con una exactitud milagrosa. El espíritu de la Edad media le cerca todavía; las formas universitarias todavía le atan con sus pesadas ligaduras; el escolasticismo todavía le posee como para demostrar cuán soberanamente imperan así en las inteligencias mas claras y en las voluntades mas enérgicas los dogmas de la vieja doctrina que se quiere á toda costa combatir y los hábitos de la vieja sociedad que se quiere á toda costa superar. Las divinas Escrituras le dieron fundamentos á su defensa; y solo citó una autoridad eclesiástica, un testimonio del Panormitano, quien decia que el simple laico, en materia de dogma, si se apoya en la autoridad y en la razon, resulta muy superior al Papa. No hay para qué decir cómo recibiria Cayetano toda la defensa, y en particular esta declaracion especialísima, en la cual relampagueaban ya todas las revoluciones próximas á estallar en la conciencia del mundo. Cayetano apenas daba crédito á sus ojos. Recorra el papel con anhelo, devoraba las frases con voracidad, frotábase los ojos como si padeciera de ilusiones ópticas; y á cada tesis atrevida castañeteaba los dientes y los dedos, y proferia interjecciones vulgares. Lutero, que estaba presente, se mantenía erguido en su altivez y encerrado en su silencio. Cayetano, de vez en cuando, levantaba los ojos hasta sus ojos, y le reconvenia con mudas, pero expresivas reconveniones. Al fin rompió á hablar, aunque en breves y entrecortadas frases, diciendo que el escrito, léjos de tener los caracteres de una rendida sumision, tenia los caracteres de una ardiente apología. Lo que mas le indignaba, lo que le ponía fuera de sí, lo que le exaltaba hasta el delirio, lo que le llevaba á decir la imposibilidad de presentarse á los ojos del Papa sin convenir tácitamente con la herejía, era la proposicion del Panormitano fantaseada por Lutero, y en ninguna manera cierta y fundada. En este tumulto de observaciones, que parecían provenientes de un verdadero ataque de nervios, Lutero solo contestaba que se referia en todo y que en todo deferia por completo á la autoridad de Leon X: última ilusion de la nueva doctrina, engañada en sus albores por la incertidumbre propia de todos los comienzos, y creida de poder confundir su luz naciente con la mortecina luz que proyectaban las viejas doctrinas en su triste ocaso.

Pero Cayetano le distraía de estas ilusiones, recordándole que el juicio estaba concluido, la sentencia dada, la última palabra dicha, los decretos del Pontífice promulgados; y solamente restaba una cosa, ó la sumisión pronta ó la rebeldía manifiesta. «Retractaos, pues,» exclamaba el legado, poniendo como un supremo y último corolario á todas sus observaciones con este simple imperativo. Lutero guardó un profundísimo silencio. Entonces Cayetano le señaló con ademán soberbio la puerta, y Lutero, después de haber inclinado la cabeza y dicho las sacramentales palabras de despedida, se retiró con majestuosa y severísima actitud á su domicilio.

En aquella misma velada llamó Cayetano á los amigos más íntimos de Lutero, á fin de que le persuadieran á una retractación pronta en nombre de la salud del Catolicismo y de la paz de Alemania. En efecto, personáronse todos en la celda del monje presididos por el más afectuoso de ellos, por Staupitz, y conmovieron al maestro hasta el punto de obligarle á verter lágrimas y lágrimas amargas. Difícilmente podrá comprender las dudas de Lutero, la perplejidad de su ánimo, sus bruscas transiciones de la sumisión á la rebeldía, sus arrebatos ya en favor de las antiguas ideas encerradas en la Iglesia católica ó ya en favor de las nuevas contenidas en la propia conciencia, quien no comprenda cómo su alma tenía las raíces en los sepulcros de la Edad media y la copa, á manera de un árbol misterioso, en los espacios ilimitados de la Edad moderna. Como los vegetales que de la corrupción sacan savia, el pensamiento nuevo sacaba del detritus de las doctrinas descompuestas, jóvenes y progresivas ideas. Así, cuando Lutero escuchaba la propia conciencia, salía, brotaba en su seno el revolucionario; y cuando oía la educación, las tradiciones, los sentimientos sobrepuestos á su natural por todo cuanto le rodeaba desde la cuna, surgía en él un monje, un penitente, un añejo y convencido católico. Así, después de la conversación tenida con sus amigos, se deshace en lágrimas, se afecta de sincero arrepentimiento, se declara transformado de todo punto, se arrastra de rodillas á los pies del Nuncio, se confiesa irreverente en sus palabras y audaz en sus ideas, y declara que quiere una reconciliación bastante á traerle de nuevo la paz del espíritu y las bendiciones del Papa. Sin embargo, en lo único que está firme hasta la intransigencia es en negarse á toda retractación.

«Mi conciencia, dice, no me permite de ninguna suerte darla; y nada en el mundo, ni órdenes, ni consejos, ni voces de la amistad, lograrían hacerme hablar ó proceder contra mi propia conciencia.» Así, Lutero fijó en aquel mismo día y á las puertas de las iglesias una inmediata apelación al Pontífice, quien, al ver esta apelación, renunció á toda concordia. La guerra estaba, pues, empeñada; las noticias venidas de la corte alcanzaban por aquellos instantes gravedad tan grande y tan extraña, que un magistrado de Augsburgo dirigióse en la noche con un caballo del diestro á la puerta del alojamiento de Lutero, sacóle de la celda y de la cama sin darle tiempo á ponerse ni medias ni zapatos, y lo expidió lejos de allí, temiendo que las acerbadas palabras del legado se convirtieran pronto en acerbos actos. Y la entrevista de Augsburgo solo sirvió para recrudecer la enemistad entre el reformador revolucionario y la Sede romana.